dice San Agustín, que «no sólo hacía milagros por hacerlos, sino para que los que hacía, admirables á quienes los miraban, fuesen verdaderos para los que los entendían: que unos sólo admiraban los prodigios, mas otros, además de admirarlos, poseían su inteligencia; y *tales debemos ser* en la escuela de Cristo.» *(Serm. 44. de verb. Dom.)*

Así pues, procurando adquirir la inteligencia del prodigio, sin temer la amenaza de la Escritura, con recta y sencilla intención, buscando sólo la gloria de Dios y no la propia, humildemente arrodillados ante una Imagen guadalupana, y trabajando para aquella, «en la cual los que trabajan no pecarán,» (Eccli. XXIV. 30.) sin curiosidad criminal, sino con piadoso afecto, tratemos de averiguar por qué Dios pudo permitir que desapareciera la corona celeste de la Virgen de Guadalupe.

El primer motivo es irrecusable, pues nos lo revela el mismo Jesucristo.

Cuando curó el Salvador al ciego de nacimiento, le preguntaban los Apóstoles: «Señor, ¿quién fué el que pecó, éste ó sus padres, para que haya nacido ciego?» (Joan. IX. 2.) Y el Señor les respondió: «ni éste ni sus padres han pecado, sino para que se manifiesten las obras de Dios en él.» Y sanó al ciego poniéndole lodo en los ojos, y mandándole lavarse en la fuente de Siloe. Notan aquí los Padres que muchas obras de Dios se manifestaron en ese milagro, á saber, que el que nació sin ojos tuviese ojos; que recibiese la vista; que esto fuese por el lodo, más propio, dice Santo Tomás, para quitársela que para dársela;

que juntamente se le comunicase luz interior para conocer y confesar al Mesías. Y se le mandó ir á lavarse á la fuente de Siloe, para que atravesando por las calles de Jerusalén fuese visto por todos con el lodo en los ojos, y de este modo se admirase el milagro y se conociera á Jesús como el Mesías. Y por esto dijo el Señor: «A mí me conviene operar las obras del que me ha enviado:» (Joan. IX. 4.) esto es, como dice el doctísimo Silveyra, «me conviene obrar milagros, llamar á los hombres á la fé, instruirlos y darles la gracia.» Y significaba además con ese hecho, la iluminación del género humano, ciego con la idolatría, por la fé en la encarnación, (tierra con saliva,) y su curación, por el bautismo, (aguas de Siloe.)

¿Por qué no dirémos, pues, que el prodigio de la la desaparición de la corona es dispuesto por Dios para manifestación de sus obras, para atraer á los hombres á la fe, ó reavivarla en los que la tienen debilitada, para que le reconozcan por el Dios poderoso, *que sólo hace maravillas,* para que todos vean con sus ojos el signo que está á la vista de todos, y viéndolo digan como el ciego del milagro: Creo, Señor, y postrándose le adoren?

Primer motivo: la manifestación de las obras de Dios.

Mas pasemos al segundo. «Y dijo Jesús,» adorado por el ciego: «Para el juicio he venido yo al mundo, para que los que no ven, vean, y los que vean, se hagan ciegos.» (v. 39.) Esto dijo Jesucristo después del milagro del ciego de nacimiento, significando que el prodigio al mismo tiempo serviría para dar luz á los humildes, y para cegar y deslumbrar á los sober-

bios que se creen ser sabios y videntes, lo cual entendieron muy bien los fariseos, que le dijeron: «¿acaso nosotros somos ciegos?» es decir esos hechos ciegos de qué hablas?»

Y este es otro motivo, entendámoslo bien, permisivo y no efectivo, del prodigio de la corona desvanecida: «que los que ven se hagan ciegos,» y se cumpla lo que dice Isaías y cita San Juan: «Ha cegado sus ojos y ha endurecido su corazón, para que con los ojos no vean, y con el corazón no entiendan, y se conviertan y yo los sane.» (Joan. XII. 40.) Es decir, que Dios en su terrible justicia permite que con la luz del milagro se cieguen, y con su virtud se endurezcan más sus enemigos, como se lee de Faraón, y de estos fariseos á los que dijo Cristo: «Ahora decis: que vemos! Vuestro pecado permanece,» (v. últ.) es decir, permanecereis en vuestra ceguedad y obstinación hasta el fin. Muy triste es, pues, el decirlo; pero el prodigio de la corona desaparecida, sirve, en los designios de Dios á la manifestación de su justicia en los incrédulos é impíos, en los falsos sabios del mundo que creen ver, y nada ven.

Segundo motivo, (permisivo,) la ceguedad de los soberbios.»

El tercero lo expondremos con las palabras de un notable escritor guadalupano.

"La experiencia ha hecho conocer, que además de ser manantial de prodigiosas misericordias, la Virgen Santísima se ha servido confirmar la verdad de su aparición obrando en cada siglo algún público y solemne milagro; por lo cual creen algunos piadosos

corazones, que no perecerá este siglo sin algún milagro estupendo de la Santísima Virgen de Guadalupe. Algunas almas devotas se han fijado ya en que desde que se comenzó á tratar de la coronación de la maravillosa imagen, (1) ha desaparecido la corona que antes se veía en ella, del modo más singular é inexplicable. Que la santa Imagen tenía corona es indudable, pues consta por testimonio explícito de Cabrera y demas pintores que con él la examinaron, por las muchas cópias sacadas de ella, y porque muchos de los que viven la han visto. Sin que se sepa cómo, ni cuando, la corona ha desaparecido, y lo prodigioso es que no han desaparecido los rayos que estaban detrás de ella, lo que tratándose de una pintura sobre una superficie plana, no sólo es inexplicable, sino materialmente imposible.....» (*J. de J. Cuevas. La Santísima Virgen de Guadalupe.* § XLIV.) Esto se escribió en 1887, han pasado cerca de nueve años, el siglo solo aguarda unos cuatro para terminar, y no habiéndose verificado otro prodigio público y solemne en este tiempo, bien podemos mirar en la desaparición de la corona, el milagro grande que cada siglo se verifica para confirmar la fé en la maravillosa aparición.

Tercer motivo: la continuación del milagro de cada siglo.

Por otra parte, se ha combatido la aparición guadalupana con un empeño incomparable: se han registrado las bibliotecas, se han hojeado los viejos per-

(1) Ya vimos que dos años antes había desaparecido, en 1884.

gaminos, se ha ocurrido con delectación á fuentes impuras, como infectas de jansenismo, se ha querido emplear la lengua de la Iglesia para hacerse oir por todas partes; los antiguadalupanos se han unido en mostruosa alianza: católicos y protestantes, y masones é incrédulos con cristianos, todos han combatido atacando con denuedo, hasta con rabia; se ha procurado impedir la coronación; se ha intentado apagar la fé en el prodigio, se han esgrimido todas las armas: el sarcasmo, la calumnia, el insulto y la diatriba, la sátira y la caricatura; se han mandado hasta Roma las objeciones hacinadas durante muchos años para impedir la concesión del nuevo Oficio; se han negado descaradamente todas las circunstancias prodigiosas de la Imagen guadalupana: «el lienzo no es tosco sino liso; su duración no es admirable sino muy sencilla, su figura no es hermosa sino fea; el *non fecit taliter* no fué dicho por el Pontifice Benedicto, en fin la pintura no es celestial sino humana; no la hicieron los ángeles sino Cipac!» ¿No parece que Dios debería levantarse para confundir á sus enemigos, y hacerlos desvanecer á su presencia como la cera ante el fuego? ¿No era conveniente que el Señor que está obrando tantas maravillas para glorificar á su divina Madre en Lourdes, en Pompeya y en otras partes, hiciese alguna para vindicarla en México de la persecución de sus enemigos? Sí, Dios debía esto á su augusta Madre, aumentando su gloria á proporción que la han querido deprimir sus adversarios.

Cuarto motivo: la confusión y derrota de los enemigos de María.

El siguiente es del mismo género: alentar, alegrar y recompensar á sus amigos; así ven que no han trabajado en vano: que el cielo ha bendecido sus empresas: que el brazo del Señor no se ha acortado: que se compadece de las persecuciones que toleran los suyos, y que premia á los hombres de buena voluntad que gustosos trabajan por la gloria de su Madre y sufren por ella las calumnias y los insultos de los malos.

Quinto motivo, el consuelo y aliento de los amigos.

Añadamos que así como con el gran milagro de la Resurrección, puso el Señor el sello á todos sus milagros, y confirmó la fé en su Divinidad asentándola sobre esa base indestructible, de modo que toda la verdad del cristianismo se puede demostrar y aún se ha demostrada ya, por el sólo portento de la Resurrección, así podemos ver el prodigio de la desaparición de la corona del lienzo guadalupano como una confirmación de los prodigios anteriores: la pintura en tosco ayate, la viveza de los colores y la conservación de la tela al través de tres y medio siglos: todo eso es verdad, pues en el mismo lienzo se verifica una nueva maravilla: desaparece la corona, el manto se completa, los rayos de los lados salen tras la cabeza; y todos lo miran, todos lo palpan, los padres han visto la corona de diez enhiestos rayos posados sobre dorado cerco y rodeando blandamente el manto virginal, y los hijos ven todo eso desaparecido sin dejar la menor muestra de su anterior presencia. *Est mirabile in oculis nostris.* Maravilla patente á nuestros ojos!

Digamos pues: Sexto motivo: la confirmación de las maravillas de la Imagen Guadalupana.

El Sr. Cuevas al narrar el suceso que nos ocupa ha dicho en tono interrogatorio: «¿Es este un elocuente prodigio con que la Virgen Santísima manifiesta que acepta la piedad y amor con que quieren coronarla las razas mexicanas? Este prodigio prepara el otro milagro de que después de ser coronada por sus hijos reaparezca con nuevo brillo la corona que antes tenía? Mientras la sabiduría de los prelados no hable, á los fieles toca esperar con temor y temblor el prodigio de Aquella á quien los siglos y las generaciones han llamado Virgen poderosa y Virgen misericordiosa.» *(Id. ibid.)*

TERRESTRE!

V

Respuesta á estas preguntas.—Razones generales.—La séptima especial.—Por qué?

El ingenio y la piedad se reunieron en el escritor católico para encontrar la verdad. No sabemos si los Prelados creerán hacer oir su voz en este asunto, ni conocemos sus enseñanzas en el caso; pero conocemos que la razón, iluminada por la fé, se siente arrastrada á dar una respuesta afirmativa á la primera pregunta. Sí; la desaparición de la corona es un prodigio con que la Virgen santísima manifiesta que acepta la piedad y amor con que quieren coronarla, y de hecho la han coronado, las razas mexicanas. Si acaso después de éstó, haya de reaparecer la corona, no lo creemos, porque perpetuamente tendrá la que sus hijos le han colocado.

Los seis motivos expuestos son en cierto modo generales y comunes á todos los milagros, pues es claro que todos se hacen para manifestación de las obras de Dios, para firmeza de la fé, para consuelo de los buenos y confusión de los malos; mas el séptimo motivo, que acabamos de indicar, es especialísimo, y por decirlo así, característico de esta maravilla. Procuremos por tanto entenderlo bien.

Ya se ha dicho por espíritus piadosos: «la Virgen de Guadalupe dejó su antigua corona, por recibir la nueva que sus hijos le preparan;» mas no se ha insistido en ello, y se ha dejado pasar la idea, como una piadosa consideración sin subsistencia. Mas aquí la piedad ha atinado con la verdad, y la idea merece fijar la atención de los hombres juiciosos y de los espíritus reflexivos. La Virgen María dijo á Juan, su electo mensajero: «aquí me mostraré madre amorosa de cuantos me invocaren.» Ahora bien; como la Virgen es fidelísima en sus promesas, y sus palabras deben ser eminentemente verdaderas, de ahí es que con entera justicia podemos atribuirle los sentimientos de una madre, y sobre todo, de una madre tierna y amorosa. Supongamos, pues, que una noble y rica matrona, rodeada de numerosos hijos que entrañablemente la aman, llega á saber que éstos le preparan como un obsequio para el día de su cumpleaños un hermoso aderezo, para engalanar su cabeza: ella lleva ya otro, mucho más rico y más precioso que su